

Palestina: ocupación y salud mental

Samah Jabr¹

Ahmad, un hombre de 46 años, habitante de Ramala, se encontraba bien hasta su última detención. Pero esta vez no pudo soportar el largo encarcelamiento en una celda minúscula con privación visual y auditiva completa. Primero perdió la noción del tiempo. Luego se obsesionó con los movimientos de sus intestinos y empezó a imaginarse que estaba «hecho en forma artificial» al interior de su cuerpo. Más tarde comenzó a desarrollar pensamientos paranoicos, escuchando voces y viendo a otras personas en su celda. Actualmente Ahmad ya no está detenido, pero continúa aprisionado por la idea de que alguien lo espía.

Fátima durante varios años estuvo ingiriendo simultáneamente medicamentos para graves dolores de cabeza, dolores de estómago, dolores generales y diversos problemas dermatológicos. No existía ninguna evidencia de alguna causa orgánica. Finalmente Fátima acudió a nuestra clínica psiquiátrica y refirió que todos los síntomas habían comenzado cuando vio el cráneo de su hijo asesinado, roto sobre las gradas de la escalera de su casa durante una incursión israelí en su pueblo de Beit Rama el 24 de octubre de 2001.

Tales son los casos que he visto en mi clínica. Los traumáticos acontecimientos de la guerra siempre han sido una causa importante de trastornos psicológicos.

En Palestina es necesario comprender de qué tipo de guerra se trata, a fin de poder evaluar su impacto psicológico sobre esa población que ha vivido bajo una prolongada ocupación. La guerra es un estado crónico y ha afectado la vida de al menos dos generaciones. En ella se enfrenta un estado étnica, religiosa y culturalmente extranjero a una población civil que carece de Estado.

Además de la opresión y la explotación cotidianas, esa guerra también implica periódicas operaciones militares de baja intensidad. Estas operaciones provocan respuestas ocasionales de facciones palestinas o de individuos aislados. A la gran mayoría de la población no se le consulta nunca sobre esas acciones y aunque su opinión no cuenta, es dicha población quien tiene que sufrir los ataques preventivos o los castigos colectivos de las represalias israelíes.

Los desplazados

Los factores demográficos complican el cuadro. Los habitantes de los territorios ocupados no representan más de un tercio de los palestinos; el resto es una diáspora dispersa por toda la región, muchos se encuentran en los campos de refugiados. Casi todas las familias palestinas han vivido experiencias de desplazamiento o una separación terriblemente dolorosa. Incluso

¹ Escritora y psiquiatra palestina, pertenece a la Asociación Psiquiátrica Palestina y vive en Jerusalén Este (Palestina ocupada)

Fuente del texto: www.aloufok.net/article.php3?id_article=3884. Traducción de Reflexión.

dentro de Palestina las personas son refugiados expulsados en 1948 y obligados a irse a vivir dentro de campos. Este desplazamiento masivo del 70% de la población y la destrucción de más de 400 de sus pueblos es lo que los palestinos han llamado «Nakba» (catástrofe).

Esta situación perdura en un trauma psicológico transgeneracional que marca la memoria colectiva palestina. Muy a menudo es posible encontrar a jóvenes palestinos que se presentan como originarios de las ciudades y pueblos que sus abuelos tuvieron que abandonar. Esos lugares ya no se encuentran en los mapas, ya sea porque fueron totalmente arrasados o porque hoy están habitados por israelíes.

Los palestinos perciben la guerra desatada por Israel contra ellos como un genocidio nacional y para oponerle resistencia dan a luz muchos hijos. La tasa de fertilidad de los palestinos es del 5,8, la más alta de la región. Esto tiene como consecuencia una población muy joven (el 53% tiene menos de 17 años), lo que constituye una mayoría vulnerable en una etapa crucial de su desarrollo físico y mental.

El encierro geográfico de los palestinos en zonas muy restringidas, con el muro de separación y todo el sistema de puestos militares de control, favorece los matrimonios consanguíneos que generan una predisposición genética a las enfermedades mentales. La muralla que separa a amigos y vecinos también opera debilitando la cohesión de la sociedad palestina.

Sin embargo, es sobre todo el entorno de violencia en que vive la mayor parte de ellos lo que mina la salud mental de los palestinos. La densidad de población, sobre todo en la Franja de Gaza -con 3.823 personas por kilómetro cuadrado- es muy elevada. Los altos índices de pobreza y desempleo -el 67 y el 40% respectivamente- socavan toda esperanza y alteran la personalidad. La guerra nos ha dejado una comunidad enorme de prisioneros y ex prisioneros, estimada en 650.000 personas, vale decir alrededor del 20% de la población. Las personas minusválidas y mutiladas representan un 6%.

Estudios recientes han revelado niveles inquietantes de anemia y desnutrición, especialmente entre los más jóvenes y las mujeres. La intensa hostilidad emocional, originada por los enfrentamientos cotidianos con los soldados israelíes en el umbral de nuestras casas, constituye un factor constante de estrés. Muchos niños palestinos se han visto expuestos a esta violencia diaria desde que nacieron. Para ellos el estruendo de un bombardeo es más familiar que el gorjeo de los pájaros.

Ceguera súbita

Durante mi formación como médico en diferentes hospitales y clínicas palestinos he visto a hombres quejarse de dolores crónicos difusos luego de haber perdido su empleo en los sectores israelíes; a niños traídos en consulta por sufrir de enuresis después de haber vivido una noche terrorífica de bombardeos. Aún tengo en la memoria el vivo recuerdo de una mujer traída a la sala de urgencias por padecer una ceguera súbita, la que se había producido al ver a su hijo asesinado por una bala que le entró por un ojo y salió por detrás de la cabeza.

En Palestina este tipo de casos no son registrados como daño causado por la guerra y no se tratan de modo adecuado. Comprender esta realidad fue lo que me motivó a especializarme en psiquiatría, una de las especialidades médicas menos desarrolladas en Palestina. Para una población de 3.800.000 habitantes, tenemos 15 psiquiatras y demasiado poco personal cualificado como enfermeras, psicólogos y asistentes sociales. Sólo disponemos de un 3% del personal que nos hace falta. Tenemos dos hospitales psiquiátricos, uno en Belén y otro en Gaza, pero es muy difícil llegar allí debido a los puestos de control. Hay siete clínicas que tienen atención en salud mental.

En los países en vías de desarrollo como la Palestina ocupada, la psiquiatría es la especialidad médica más desprestigiada y peor remunerada. Los psiquiatras trabajan con pacientes que se encuentran terriblemente enfermos y a los ojos de sus comunidades están muy lejos de tener el respeto que caracteriza a las otras especialidades médicas. Como consecuencia, los médicos competentes y talentosos raramente se especializan en psiquiatría.

Considero que la psiquiatría es una profesión que humaniza y otorga dignidad, no siendo menos importante que además me ayuda personalmente a enfrentarme a la violencia y las frustraciones que me rodean. Voy de Ramala a Jericó para visitar a los enfermos psiquiátricos. En un día de trabajo visito entre 40 y 60 pacientes, 10 veces más de los que veía habitualmente durante mi formación en los hospitales de París.

Observo el comportamiento trastornado de mis pacientes, escucho sus terribles historias y respondo con los pocos medios de que dispongo: algunas palabras que les ayuden a ordenar sus ideas reducidas a fragmentos; algunas píldoras que podrían ayudarles a reorganizar sus pensamientos, a detener sus delirios y alucinaciones, o que les permitan dormir o reducir su angustia. Pero las palabras y las píldoras no devolverán nunca un hijo asesinado a sus padres, un padre encarcelado a sus hijos, ni reconstruirán un hogar demolido.

La verdadera solución para la salud mental en Palestina está en manos de los políticos, no de los psiquiatras. Por eso, hasta que ellos hagan su trabajo, nosotros, en las profesiones de la salud, seguiremos tratando los síntomas y practicando terapias paliativas - y sensibilizando al mundo sobre lo que pasa en Palestina.

La resistencia

En la actualidad, los palestinos están siendo presionados para que se rindan de una vez por todas, al mismo tiempo que se les exige "reconocer" a Israel. Se nos insta a aceptar, a bendecir y a reconciliarnos con la violación de nuestras vidas por parte de Israel. El hecho de que nuestra patria esté ocupada no significa, por sí mismo, que no seamos libres. Rechazamos la ocupación en nuestras mentes mientras podemos hacerlo y aprendemos a vivir a pesar de la ocupación más que adaptarnos a ella. Pero si reconociéramos a Israel, entonces estaríamos mentalmente bajo ocupación, y eso, estoy segura, es incompatible con nuestro bienestar como individuos y como nación. La resistencia a la ocupación y la solidaridad nacional son muy

importantes para nuestra salud mental. Ejercerlas puede ser un ejercicio saludable contra la depresión y la desesperación.

Israel ha creado hechos terribles sobre el terreno. Lo que nos queda de Palestina es un pensamiento, una idea que se ha convertido en la convicción de tener el derecho a una vida en libertad y a una patria. Exigir a los palestinos que reconozcan a Israel, es invitarnos a abandonar ese pensamiento, a renunciar a todo lo que tenemos y a todo lo que somos. Eso no haría más que hundirnos más profundamente en una depresión colectiva y permanente.

Después de haber pasado varios años en París, a mi vuelta encontré un pueblo palestino cansado, hambriento, desgarrado tanto por los conflictos internos como por el muro de separación. Los palestinos sobre todo están desmoralizados por el combate fratricida en las calles de Gaza, orquestado desde el exterior para poner en entredicho el resultado de las elecciones democráticas del año pasado. Los mismos que bloquearon todas las ayudas económicas a Palestina nos envían fusiles en vez de pan. Animan a la gente empobrecida psicológica y espiritualmente a matar a sus vecinos, primos y antiguos compañeros de escuela. Aunque las facciones se pusieran de acuerdo, la sociedad palestina seguiría teniendo un grave problema de ánimo de venganza entre las familias.

Superaremos las dificultades

Es inevitable preguntarse si el encarnizamiento de Israel contra los palestinos no tiene el objetivo deliberado de crear una generación traumatizada, pasiva, confusa e incapaz de resistir. Sé bastante sobre el tema de la opresión para diagnosticar las heridas que no sangran y reconocer los signos de alarma de una deformación psicológica. Me preocupa una comunidad que se ve obligada a extraer su vida a partir de la muerte y la paz mediante la guerra.

Me preocupan los jóvenes que viven toda su vida en condiciones inhumanas y los bebés que abren los ojos a un mundo de sangre y de armas de fuego. Me asusta el embotamiento inevitable que puede generar la exposición crónica a la violencia. Temo también el espíritu de venganza, el deseo instintivo de perpetuar sobre tus opresores el daño que te han infligido a ti mismo.

Nos encontramos frente a una situación de urgencia en el plano de la salud mental. Las personas que han sufrido crisis requieren una atención urgente, de manera que puedan reconstituir su capacidad de recuperación y de afrontamiento. Esto es crucial para que no se quiebren cuando finalmente llegue la paz, como sucede tan a menudo en los períodos de postguerra. No se trata sólo de un número reducido de personas enfermas, sino que es una sociedad entera la que ha sido herida y necesita cuidados.

Nuestro traumatismo es crónico y grave, pero si reconocemos nuestro dolor y lo tratamos con fe y compasión, lograremos superarlo.

Revista Reflexión N° 33, Ediciones CINTRAS, Santiago de Chile, marzo de 2007.